

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**CONFLICTOS HUMANOS Y
RECONCILIACIÓN CRISTIANA**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1984

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (nn. 1-2)

I.- ANÁLISIS DE NUESTROS CONFLICTOS (nn. 3-4)

- Conflicto interior al propio ser humano (nn. 5-6)
- Conflicto con la naturaleza (nn. 7-8)
- Conflicto generacional (nn. 9-10)
- Conflicto cultural (nn. 11-12)
- Conflicto socio-económico (nn. 13-14-15)
- Conflicto político (nn. 16-17)
- Conflicto religioso (nn. 18-19-20)
- Conflictos intraeclesiales (nn. 21-22)

II.- LA RECONCILIACIÓN CRISTIANA (n. 23)

Dios nos reconcilia en Jesucristo

- a) Iniciativa reconciliadora de Dios (n. 24)
- b) La reconciliación es destrucción de la injusticia y ofrecimiento del perdón (n. 25)
- c) La acción reconciliadora de Dios hace posible y exige la reconciliación total
 - Reconciliación consigo mismo (n. 26)
 - Reconciliación con los demás (n. 27)
 - Reconciliación con la naturaleza (n. 28)

Actuación reconciliadora de Jesús

- a) Jesús anuncia y realiza nuestra reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con toda la creación (n. 29)
- b) Jesús, creador de una fraternidad reconciliada (n. 30)

- c) Jesús, del lado de los más injustamente tratados en los conflictos (n. 31)
- d) Existencia conflictiva de Jesús (nn. 32-33)
- e) Actitud pacífica ante los adversarios (n. 34)

La reconciliación en las primeras comunidades cristianas (n. 35)

- a) Los conflictos en las primeras comunidades (n. 36)
- b) La búsqueda de reconciliación (nn. 37-38-39)

La Iglesia, sacramento de la reconciliación (n. 40)

- a) El anuncio de la reconciliación (n. 41)
- b) La conducta reconciliadora (n. 42)
- c) Celebrar la reconciliación (nn. 43-44)

III.- ACOGER Y REALIZAR LA RECONCILIACIÓN (n. 45)

La comunidad cristiana ante el conflicto

- a) Reconocer la situación conflictiva (nn. 46-47)
- b) Discernir los conflictos (n. 48)
- c) Humanizar los conflictos (n. 49)
- d) Predicar y promover el perdón (nn. 50-51-52)
- e) Orar por la superación de los conflictos (n. 53)

Reconciliarse hoy y aquí (n. 54)

- a) Reconciliarnos con nosotros mismos (nn. 55-56)
- b) Reconciliación con la naturaleza (nn. 57-58)
- c) Reconciliación entre generaciones (nn. 59-60-61)
- d) Reconciliación de las tradiciones culturales (nn. 62-63)
- e) Reconciliación socio-económica (nn. 64-65)
- f) Reconciliación política (nn. 66-67)
- g) Reconciliación religiosa
 - Reconciliación con Dios (nn. 68-69-70)
 - Reconciliación en la Iglesia (nn. 71-72-73)

CONCLUSIÓN

Reconciliarnos con Dios (n. 74)

El sacramento de la Reconciliación (n. 75)

Hacia la reconciliación en Cristo resucitado (nn. 76-77)

INTRODUCCIÓN

1. «Abrid las puertas al Redentor». Esta vigorosa invitación del Papa Juan Pablo II, en su Mensaje del inicio del Año Santo de la Redención, contiene, en su formulación lapidaria, tres afirmaciones centrales de nuestra fe. El ser humano necesita una redención que convierta una humanidad deteriorada en una humanidad renovada. No puede redimirse a sí mismo; Jesucristo es su único redentor. No es un pasivo espectador de su propia redención, sino activo colaborador de la acción redentora de Jesús.

La Escritura y la tradición viva de la Iglesia han pretendido formular la experiencia cristiana de esta acción redentora del Señor, a través de una cadena de palabras que, al tiempo que designan la misma y única realidad, expresan y subrayan sus diferentes dimensiones. «Salvación», «renovación», «liberación», «reconciliación» son algunos de estos términos en los que se intenta formular lo inabarcable. La situación concreta de nuestra sociedad y de nuestras iglesias locales nos inclina a abordar este tema central de la redención en términos de reconciliación. A ello nos estimulan las palabras del Papa, que emparentan estrechamente redención y reconciliación y describen el contenido de ésta como «reconciliación con el Padre en el Hijo» (*Aperite portas*, 4), y como «reconciliación entre los discípulos de Cristo, entre todos los hombres, entre todos los pueblos» (*Aperite portas*, 3).

2. No queremos teorizar sobre una reconciliación que ignore nuestras concretas desuniones y disensiones. Ni podemos olvidar que la reconciliación que hoy y aquí nos es posible es frágil y limitada. Sólo más allá de la historia seremos una comunidad plenamente reconciliada con Dios, con nuestros semejantes, con nosotros mismos y con la naturaleza. Pero lejos de desalentarnos, esta limitación de nuestros logros nos estimula a plantearnos sin demora unas preguntas ineludibles: ¿Con quién hemos de reconciliarnos? ¿En qué ha de consistir esta reconciliación? ¿Qué objetivos debemos proponernos para dar un contenido realista a esta tarea? ¿Cómo reconciliarnos? ¿Qué actitudes y comportamientos nos son necesarios? ¿Qué lugar ha de ocupar Dios, su presencia y su acción, en este empeño reconciliador?

Nos parece que estas preguntas, siempre actuales, se tornan más apremiantes en este tiempo de Cuaresma, en el que resuenan con más nitidez las palabras del Apóstol: «En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios» (2 Co 5,20).

Esta Carta está dirigida primordialmente a los cristianos. Quiere ser para ellos un fraterno servicio de sus Pastores. Pero es, al mismo tiempo, una carta abierta a todos los hombres y mujeres que comparten con nosotros el anhelo por una sociedad más reconciliada.

I.- ANÁLISIS DE NUESTROS CONFLICTOS

3. La tensión y el conflicto son datos evidentes en nuestra vida individual y colectiva. Pero, no son menos evidentes las experiencias de paz y armonía. La amistad, la paternidad, el amor conyugal, la satisfacción en el trabajo, el contacto distendido con la naturaleza, el gozo estético despertado por el arte, la paz serena de unas vacaciones, la celebración de la fiesta, los logros políticos y sociales que se alumbran, el sosiego de la oración no son puros islotes perdidos en un mar de conflictos. Es preciso recordarlo en unos tiempos en que la experiencia y la noticia de tantos conflictos puede fácilmente inducirnos a una visión tenebrista de la existencia humana.

Cuando la mirada creyente se encuentra con todas estas experiencias de coherencia interior y exterior, descubre en ellas la indestructible vocación del hombre a una existencia reconciliada. La humanidad no está llamada a ser un perpetuo campo de batalla, sino a construir trabajosamente una comunidad unida que vive en paz con Dios y con el mundo material.

4. El mismo conflicto no es, necesariamente, un revés ni una rotura; antes bien, puede ser un espacio en el que se desplieguen capacidades dormidas en las personas y en los grupos humanos. El conflicto puede conducirnos a conocernos mejor, a renunciar a visiones simplistas o interesadas de la realidad, a consolidar nuestro temple para resistir, a estimular nuestra creatividad. Una vida carente de conflictos no es el caldo de cultivo apropiado ni para la maduración de la persona ni para el progreso de la humanidad.

Hay una manera positiva de abordar, vivir y solucionar los conflictos. Cuando sabemos analizarlos con lucidez, afrontarlos con serenidad, purificar nuestra posición inicial al contraste de las posiciones opuestas, ceder en parte en aras de la concordia, distinguir entre las personas implicadas y las opciones que se debaten y respetar a los antagonistas cualquiera que sea su posición, entonces el conflicto nos ennoblece. Cuando pretendemos ignorarlos por interés o por desidia, eludirlos por debilidad, aferrarnos ciegamente a nuestras opciones, empecinarnos en posiciones maximalistas, arrollar a las personas o grupos enfrentados, entonces el conflicto nos deshumaniza a nosotros y degrada a los demás. En ese momento el conflicto se vuelve pecado.

Conflicto interior al propio ser humano

5. El conflicto no es puramente interpersonal. Anida originariamente en el interior de la misma persona humana. El ser humano está interiormente dividido. La falta de unidad y coherencia se da en toda persona, en mayor o menor medida. El deseo humano no coincide siempre con los dictados de la razón. Sus impulsos hacia la propia satisfacción inmediata no se armonizan con la ética que busca el bien. La nativa tendencia a la seguridad no se corresponde con la aspiración y la vocación a la libertad. El anhelo de entregarse choca con el miedo de perderse en la propia donación. El ansia de afirmarse no se compone fácilmente con la obediencia a Dios. El autor de la carta a los Romanos ha descrito ciertamente esta contradicción interior: «hago lo que no quiero y quiero lo que no

hago» (Rm 7,19). Verdaderamente el hombre es un ser contradictorio e inacabado. La fe descubre en esta condición humana la huella del pecado original.

Y, al mismo tiempo, emerge continuamente en este ser humano una indestructible aspiración a la coherencia y a la armonía interior. El sufrimiento humano nace, en buena medida, de la percepción de su propia desarmonía. El crecimiento humano auténtico consiste en ir logrando laboriosamente cotas mayores, siempre incompletas, de coherencia. Crecer es ir reconciliándose consigo mismo, unificar lo disperso, ir llegando a un acuerdo interior en el que el proyecto y el deseo se vayan abrazando. Un hombre en quien el deseo espontáneo se imponga tiránicamente, no es todavía hombre. Un hombre en el que el proyecto pretenda sofocar el deseo espontáneo, no es ya un hombre. En este anhelo de unidad y coherencia, la mirada creyente descubre tanto el signo de la vocación definitiva del hombre a una existencia plenamente pacificada en la vida futura como la llamada del Creador a completar su obra en el corazón mismo del hombre. «La gloria de Dios consiste en que el hombre viva», decía San Ireneo. Y la vida verdadera del hombre es la vida interiormente unificada.

6. Cuando nos instalamos en nuestra incoherencia y renunciamos a esta tarea de armonización progresiva, entonces nos volvemos esclavos del conflicto que habita las entrañas del hombre. En otras palabras, pecamos.

Conflicto con la naturaleza

7. Este ser humano interiormente dividido no vive tampoco en una fácil armonía con la naturaleza. Al mismo tiempo que ella es amiga generosa del hombre, éste la percibe en muchas ocasiones como una fuerza hostil y amenazante que se resiste a doblegarse a los deseos y necesidades humanas. Las inundaciones de agosto pasado son una prueba reciente y palmaria. Todo el proceso de la civilización está traspasado por el esfuerzo laborioso y doloroso del hombre por poner la naturaleza a su servicio.

La creación entera ha sido entregada y encomendada por Dios al hombre, para que éste sea señor y hermano de las cosas.

Cuando el hombre somete la naturaleza al servicio propio y al de sus hermanos, responde a la llamada del Creador. De esta manera, el trabajo por el que el hombre transforma y domestica la naturaleza es una tarea ética y religiosa.

8. Pero el Creador ha encomendado al hombre no sólo el dominio, sino también el cuidado de la naturaleza. Todo parece indicar que los hombres nos hemos preocupado más en los últimos tiempos del señorío sobre la naturaleza que de su atención cuidadosa. Cuando el afán de dominar se desconecta de este amor cuidadoso, el señorío del hombre se convierte en despotismo, la explotación se convierte en expolio. El equilibrio hombre-naturaleza se rompe. Y se instaura en el corazón humano un desasosiego que, al decir de muchos especialistas, no es ajeno a la rotura de este equilibrio. La intuición certera de los movimientos ecologistas reside aquí. La misma actitud religiosa se resiente de esta ruptura: la naturaleza deja de ser espejo que simboliza y evoca la grandeza del

Creador para convertirse en mero instrumento opaco que sirve al hombre, pero no lo reenvía al único Señor del cosmos y de la humanidad.

Paradójicamente, cuando el hombre ejerce su dominio despótico sobre la naturaleza acaba siendo esclavo y prisionero de las cosas que ha elaborado a partir de aquélla. El señorío se convierte en servidumbre. «Despotismo» y «servidumbre» son dos términos equivalentes a «pecado».

Conflicto generacional

9. Tres generaciones componen fundamentalmente el tejido social. Conviven generalmente en el interior de la familia. Pero la relación entre ellas desborda ampliamente el núcleo familiar y se convierte en asunto que concierne a toda la sociedad.

La generación juvenil se caracteriza por una sensibilidad diferente propia de las dos generaciones anteriores en aspectos fundamentales de la vida humana. El amor, el trabajo, la autoridad, el sexo, la familia, la patria, la religión no significan para ellos lo mismo que para sus antecesores. Una tasa alta de exigencia y de sentido crítico con respecto a la sociedad actual y a las generaciones que la han construido, se deja entrever en sus actitudes y comportamientos. No les gusta el mundo que han heredado. No se sienten invitados a compartir la responsabilidad de mejorarlo. Confrontados a un futuro profesional incierto y sombrío, sensibles al peligro de la destrucción nuclear de la humanidad, solicitados por una sociedad de consumo que excita en ellos unos deseos que no pueden apagar, manipulados a veces por movimientos e ideologías rupturistas, tienden a sentirse extraños y desarraigados en esta sociedad a la que no sienten como su propio hogar.

La generación de los adultos de la edad intermedia, educada en la austeridad de las pasadas décadas, ha conseguido, mediante el trabajo y el ahorro, obtener un aceptable nivel de vida para ella y para su descendencia. Experimenta una seria dificultad de transmitir a la siguiente generación el cuadro de valores humanos, éticos y religiosos que ella había heredado, y, por ello, se siente tentada de enfundarse en oposiciones autoritarias o de dimitir de sus responsabilidades educativas. Considera la crítica juvenil como un gesto de arrogancia y de desagrado, y se siente muchas veces desbordada y arrollada por el empuje de la generación ascendente. La familia y la enseñanza son los espacios principales en los que se despliega la tensión entre estas dos generaciones.

La generación de la tercera edad es, casi siempre, espectadora perpleja de los cambios en los modos de vivir que observa en sus nietos e incluso en sus propios hijos. Desbancada de su influencia en la familia, escasamente asistida por pensiones económicas, marginada de la marcha de la sociedad, se contenta con las atenciones materiales y el cariño de los suyos, no siempre suficientemente asegurados. Aunque muchos ancianos reflejan una serenidad admirable, la sensación de inutilidad y la tentación de la tristeza no les son del todo ajenas.

10. Estas tres generaciones tienen, sin embargo, posibilidades de mutuo enriquecimiento. La sabiduría y experiencia de los ancianos, el realismo y la respon-

sabilidad de los mayores y la nueva sensibilidad de los jóvenes son valores llamados a articularse y a sumarse, en vez de restarse entre sí. La necesaria tensión e incluso el conflicto entre generaciones son elementos de enriquecimiento.

Desgraciadamente, no sucede así en muchas ocasiones. La fuerza juvenil degenera a menudo en una tiranía de los jóvenes sobre los padres y educadores. La responsabilidad de éstos, en negativismo y cerrazón ante toda crítica o en permisividad complaciente. La experiencia del atardecer de la vida, en amargura llena de nostalgia por tiempos pasados a los que se considera incuestionablemente mejores. El diálogo generacional es muy débil. Y esta carencia es uno de los males mayores de nuestro tiempo. Éstas son algunas de las formas que revisite el pecado en los conflictos entre generaciones.

Conflicto cultural

11. La sociedad concreta de Euskalerrria está configurada por dos grandes tradiciones culturales que conviven desde hace siglos en un mismo suelo. Cada una de ellas tiene sus elementos específicos. La lengua, el folklore, el arte, la mitología, las instituciones, la memoria histórica de ambas tradiciones son diferentes. Y puesto que las tradiciones culturales no son un elemento exterior a los individuos y a los grupos, sino que los moldean y los penetran, ellas han ido configurando dos modos de ser, dos estilos y sensibilidades colectivas diferentes.

Ambas constituyen una innegable riqueza de nuestro pueblo. Las culturas diferentes están llamadas a fecundarse mutuamente. Ninguna cultura es tan acabada y perfecta que no encierre, junto a sus valores innegables, lagunas y contravalores. La coexistencia de dos culturas en una misma comunidad es, por tanto, una oportunidad estimable para su enriquecimiento.

Estas dos tradiciones culturales no viven confinadas y separadas del resto del mundo. Están envueltas en una corriente cultural más amplia y traspasadas por ella. Por otro lado, la convivencia secular entre ambas les ha conducido a interpenetrarse mutuamente. La concepción purista que considera a una y otra tradición como universos o compartimentos estancos es irreal. Y es, asimismo irreal, la que pretende que la tradición vasca originaria es una simple variante de la gran tradición cultural española.

12. Las condiciones en que estas dos tradiciones han convivido a lo largo de los siglos han sido notablemente desiguales. La cultura originariamente vasca ha vivido circunstancias adversas, que han puesto en peligro su misma supervivencia. Hoy estas circunstancias son más favorables. A pesar de todo, persiste el riesgo de que esta tradición cultural vaya convirtiéndose en una realidad residual.

Esta riqueza cultural es fuente inevitable de tensiones. Dos culturas no se aclimatan mutuamente de manera automática. Los individuos y grupos pertenecientes preferentemente a una u otra entran fácilmente en conflicto. Cuando a estas pertenencias culturales diversas se suman opciones políticas contrapuestas, el conflicto se carga de un exponente pasional que enturbia la relación. Este

conflicto salpica la misma vida eclesial, en la que repercuten las tensiones de la sociedad.

El respeto y cultivo de ambas tradiciones, el cuidado preferencial discreto, no exclusivo, de la tradición más débil y menos dotada, la apertura mutua sin sentimientos xenofóbicos ni colonialistas, la conciencia, en uno y otro grupo, de pertenecer a un único pueblo, son actitudes éticas exigidas por la reconciliación. El menosprecio de cualquiera de ellas, la imposición de una sobre la otra, la división, dentro de un mismo pueblo, en dos comunidades enfrentadas tienen, en cristiano, un nombre: pecado.

Conflicto socio-económico

13. Tradicionalmente, el ámbito de la economía y de las relaciones laborales es uno de los más conflictivos. No es extraño que sea así. Una primera fuente de enfrentamiento surge de la existencia de «un grupo restringido pero muy influyente de los empresarios, propietarios o poseedores de los medios de producción» junto a «la más vasta multitud de gente que participa en el proceso productivo exclusivamente mediante el trabajo» (*Laborem exercens*, III, 11). Esta bipartición se aplica, con matices diferentes, al sistema capitalista occidental y al socialismo soviético que es hoy, en la práctica, un capitalismo de Estado. Los dos grandes sistemas económicos que prevalecen en el mundo, son manifiestamente insuficientes para responder a las legítimas aspiraciones de participación y de justa distribución que son deseables y exigibles.

Ambos sistemas, protagonizados principalmente por las grandes potencias, se han constituido en bloques antagónicos que se reparten y se disputan el predominio económico en el mundo y pretenden englobar en su órbita de influencia a otros países menos poderosos, como el nuestro, a los que tienden a colonizar económicamente. La carrera de armamentos nucleares, que constituye una seria amenaza para el futuro y la supervivencia misma de la humanidad, se apoya fundamentalmente en esta ambición de predominio económico.

Mientras tanto, los países desarrollados intentan mantener su riqueza a costa de los países del tercer mundo menos desarrollados. Las diferencias de nivel de vida entre aquellos y éstos se van haciendo más injustas e irritantes.

14. Este panorama mundial, ensombrecido por sus propias crisis y contradicciones, repercute gravemente sobre nuestra economía, que arrastra, junto a los problemas comunes, otros que nos son más específicos. Por un lado, nos hemos empobrecido notablemente en las últimas décadas. Las recientes inundaciones han hecho, sobre todo en Vizcaya, más profundo y más sensible este empobrecimiento. Por otro lado, el desfase entre la economía de nuestro país y la de los países de nuestro entorno se ha agudizado. Ambos factores han conducido a la convicción de que es necesaria una profunda reconversión industrial.

La fórmula arbitrada para esta operación comporta dos decisiones dolorosas. La primera consiste en una drástica reducción de aquellos sectores productivos (el naval, el metalúrgico, el de bienes de equipo, etc.) que han reportado en el pasado riqueza y empleo. Esta reducción intenta canalizar los recursos eco-

nómicos hacia otros sectores productivos más rentables y más prometedores para un futuro. La segunda decisión entraña una sustitución progresiva del hombre por la máquina en el proceso de producción. La máquina produce más con un costo menor.

Estas dos decisiones traen consigo consecuencias generadoras de conflicto. La reducción de los sectores productivos en crisis está provocando una conflictividad laboral, que turba la paz social en nuestro suelo. Muchos miles de trabajadores defienden sus actuales puestos de trabajo amenazados por la reducción, mientras otros muchos pretenden lograr que el poder adquisitivo de sus salarios no se deteriore sensiblemente. La sustitución del hombre por la máquina engendra un paro creciente, agravado por el deficiente reparto del empleo existente. Un nuevo sector de la población, el de los parados, constituye una herida abierta en el cuerpo social e introduce en él, además de muchos dramas humanos y familiares, nueva fuente de conflictos.

15. Este cuadro sombrío debería estimular en la población una solidaridad activa. Trabajar con mayor disciplina, ahorrar, invertir y subvenir a los parados habrían de ser los contenidos concretos de una actitud solidaria. Son muchos quienes están persuadidos de estas exigencias y se esfuerzan por estar a la altura de las mismas. Pero son demasiado frecuentes todavía entre nosotros el pluriempleo, los sueldos abusivos, el fraude fiscal, el gasto público insuficientemente controlado, los gastos superfluos de los particulares... La iniciativa de la inversión, tan característica de nuestra sociedad, acusa el freno de las circunstancias adversas. Quienes pueden invertir en nuestra tierra, prefieren retener sus fondos o invertirlos en otros ámbitos nacionales e internacionales más favorables. He aquí algunos de los pecados nacidos del conflicto socio-económico.

Conflicto político

16. La vida política de Euskalerría es uno de los espacios más marcados por el conflicto. La confrontación política se despliega en registros diferentes. Sensibilidades extremas de tipo totalitario, de signo muy diferente, se excomulgan mutuamente. Dentro del abanico de opciones democráticas, el modelo conservador y el progresista mantienen serias divergencias en puntos fundamentales. En el interior mismo de las diferentes opciones, fuertes discrepancias dividen a los diversos grupos. Las relaciones entre Navarra y la Comunidad Autónoma Vasca son también fuente de conflicto.

Pero, tal vez, el núcleo fundamental del enfrentamiento reside, al menos en buena parte de la comunidad humana de nuestras Iglesias particulares, en la diferente sensibilidad en torno a la comprensión del binomio identidad-solidaridad. La identidad específica de Euskalerría y su solidaridad con los pueblos de España a los que está ligada por vínculos históricos, políticos y culturales, se armonizan difícilmente. Las diversas formas de autogobierno, que pretenden garantizar la propia identidad y la solidaridad con los demás pueblos, son fuente de tensión conflictiva.

17. Cualquier salida humana y razonable que resuelva o, al menos, atempere el conflicto, habrá de armonizar los dos valores antedichos: identidad y solidari-

dad. Las fórmulas políticas serán válidas y éticamente aceptables si, con las tensiones inevitables que ellas comportan, logran coordinar estas dos exigencias de la ética y del realismo. Pero, para que estas fórmulas se concreten y se establezcan, será igualmente necesaria una actitud de diálogo y negociación entre las fuerzas políticas.

El conflicto se vuelve crónico y se convierte en pecado cuando de uno y otro lado se quieren imponer a ultranza «soluciones» maximalistas de uno y otro signo. Y cuando los medios utilizados para afirmarlas son moralmente inaceptables.

El radicalismo de ETA, nacido como reacción contra injusticias seculares e impregnado de una ideología marxista totalitaria, azota a la sociedad vasca y a toda la sociedad española con la plaga del terrorismo. La cadena de asesinatos, que castiga sobre todo a las fuerzas de seguridad del Estado, se vuelve interminable. Los asaltos a entidades financieras, las extorsiones económicas a industriales y profesionales son moneda corriente de nuestro suelo. Los secuestros, seguidos a veces de una muerte innoble, encogen el ánimo de una población amedrentada y aturdida.

La respuesta, justa y necesaria, a este azote, no siempre se mantiene en los límites impuestos por el respeto a los derechos humanos inviolables. La tortura sigue siendo todavía una realidad en bastantes casos. La denominada «guerra sucia» ha aparecido recientemente como un hecho público gravísimo que se ha cobrado vidas humanas.

Aunque la gran mayoría de los ciudadanos reprueba todos estos comportamientos, una parte no desdeñable de la población adopta actitudes de aprobación, de connivencia o de pasividad ante estos atropellos de la vida y de la dignidad humana.

La confrontación política no siempre contribuye, en la medida deseable, a desanudar estos graves conflictos. La defensa de sus propias opciones degenera, a veces, en injusto desprecio a las posiciones ajenas, y la crítica mutua en acusación desleal, no lejana de la calumnia y de la mentira.

Éstos son algunos de los pecados en los que se materializa y se degrada entre nosotros el conflicto político.

Conflicto religioso

18. La vida propiamente religiosa es, asimismo, fuente de tensión. Dentro del corazón humano existe una tendencia a erigirse a sí mismo en su propio dios. La tentación del «seréis como dioses» (Gn 3,5) es profundamente humana. El hombre se resiste, en un primer momento, a aceptar un valor personal superior a sí mismo, una fuente de decisión que le sobrepasa, un destino no labrado por él. Sólo cuando, al madurar como creyente, percibe que Dios no sólo no es rival de su autonomía sino que es su más firme fundamento, se abre a Él en un movimiento de entrega y de demanda.

Pero este movimiento no acaba nunca de conquistar del todo el corazón del hombre. Dios es para el ser humano objeto de fascinación y, al mismo tiempo, objeto de temor. Su presencia despierta en él sentimientos contradictorios de atractivo y de rechazo. «Oh mi Dios, a quien amo y a quien temo, de quien me fío y de quien huyo, oh Dios de mi contradicción», reza una vieja oración cristiana.

Cuando Dios se convierte para el hombre religioso en el primer Valor de su vida, surge en él la radicalidad que es una característica genuina de la actitud religiosa. Pero esta misma radicalidad no está exenta de riesgo. Puede convertirse en radicalismo intolerante, que conduce a la propia destrucción como sujeto ante Dios y a la intransigencia frente a quienes no comparten la misma actitud religiosa. El fanatismo consiste justamente en esto. El sujeto quema en el altar de Dios todos sus valores y deseos. Sólo Dios vale; todo lo demás es, para él, humo y sombra. Quienes no lo viven como él son descalificados, excomulgados y, en el límite, eliminados. La historia de las religiones y la misma historia de la Iglesia está jalonada de episodios que revelan la realidad de este riesgo.

19. Pero hay entre nosotros otra forma de conflictividad religiosa que se alimenta de la situación presente. La civilización actual no favorece la pregunta por el último «por qué» y por el último sentido de la existencia humana. Tiende a considerarlas como preguntas ociosas, si no engañosas y peligrosas para el hombre. Y, en esa misma medida, no alimenta la búsqueda de Dios como respuesta radical y definitiva a la inquietud humana.

Y, sin embargo, esta inquietud subsiste. Ella constituye al ser humano en su urdimbre más profunda. Necesita con todo un determinado clima social para identificarse y formularse como deseo de Dios. Cuando este clima se le vuelve poco propicio, la pregunta fundamental del hombre queda ahogada, informúlada, reprimida. Un mundo que los medios de comunicación social, los pensadores en boga, los falsos absolutos de la patria, del dinero, del poder, del éxito y del placer parecen empeñarse en presentarnos como enteramente secular, sin ninguna relación consistente con Dios, sin otra norma última que el hombre mismo, impide la emergencia de la pregunta religiosa y con ella deshumaniza al sujeto humano. Incapaz de vivir sin absolutos, el hombre desplaza su devoción total hacia otros absolutos. El sentido de Dios se encuentra reprimido en nuestra sociedad actual. La misma Iglesia no acierta siempre a liberarlo, a purificarlo, a orientarlo hacia Cristo. No siempre comprende, en la práctica, que Dios es el objeto máximo del deseo del hombre. No alimenta suficientemente este sentido de Dios, sin el cual se devalúa fácilmente el sentido de los demás valores humanos.

20. El conflicto del hombre con Dios degenera en pecado cuando, engreído en su autosuficiencia y temeroso de perderla, se cierra a Aquél que es su fundamento y su destino; cuando anula ante Dios su condición de sujeto, se vuelve intolerante ante quienes no le buscan o le buscan por otros caminos; cuando, influido en demasía por un ambiente adverso, elude frívolamente la pregunta por Dios y entroniza en su corazón los dioses de este mundo.

Conflictos intraeclesiales

21. Junto a estos focos de conflictividad religiosa, hay otros que nacen y crecen en el seno mismo de la comunidad cristiana.

La tensión entre carisma e institución, entre renovación y tradición, entre compromiso y vida interior, entre testimonio y eficacia, es siempre origen de conflictos entre los grupos que forman la Iglesia.

Uno de los conflictos hoy más vivos nace de la diversa manera de concebir las relaciones entre la fe cristiana y la comunidad humana.

Unos grupos intentan ser cristianos *en* el mundo, descuidando la transformación del mundo según el proyecto de salvación total de Jesús. Pretenden transformar únicamente las personas en la ingenua esperanza de que, con ello, se transformarán automáticamente las estructuras injustas y opresoras y los ambientes que envilecen al hombre. Desde esta perspectiva, las posiciones de la Iglesia en temas cívicos, políticos y sociales son juzgados como injerencia indebida. No es infrecuente que estas posiciones espiritualistas encubran opciones socio-temporales más o menos confesadas y de muy dudosa calidad ética.

Otros grupos de cuño temporalista subrayan de tal manera las exigencias liberadoras de la fe, que llegan a subestimar la fuente de la que brota el impulso liberador cristiano: la experiencia viva, real, gratuita y tonificante del Dios de Jesucristo. Sensibles a la incidencia de la fe cristiana en los aspectos socio-temporales, asumen compromisos culturales, sociales y políticos de signo diferente. Esta pluralidad de compromisos los conduce a una lectura creyente de la realidad, que tienden a afirmar como la lectura única coherente con la fe y a desestimar otras como no compatibles con ella.

22. De este modo, las divisiones sociales y políticas entran en el seno de la comunidad eclesial «como si Cristo estuviera dividido» (*Unitatis redintegratio*, 1). Las opciones políticas y sociales parecen, a menudo, ser más radicales que la opción creyente, y ésta se encuentra impotente para instaurar entre ellas un diálogo que conduzca a una crítica fraterna y constructiva y para conducir las a la experiencia de que «son uno en Cristo Jesús», a pesar de sus legítimas diferencias. Algunos de estos grupos experimentan una dificultad de vivir en comunión explícita con «la Iglesia-institución», según sus palabras, a la que tachan de estar indebidamente vinculada a los poderes políticos y económicos de este mundo y lejana a los pobres y marginados.

Los conflictos intraeclesiales se degradan y se revisten de pecado, siempre que, por intereses inconfesados, queremos mantener la vida cristiana al margen de las estructuras y condicionamientos que impiden al hombre ser imagen e hijo de Dios. Asimismo, estos conflictos quedan inficionados de pecado cuando la mística se convierte en pura política. Y, por último, cuando grupos eclesiales de sensibilidades diferentes, en vez de saber interpelarse fraternalmente, se excluyen mutuamente y no logran comulgar en una fe común, que es más fuerte que todas sus diferencias.

II.- LA RECONCILIACIÓN CRISTIANA

23. La mirada a la comunidad humana y cristiana de nuestras diócesis nos ha revelado una realidad preocupante, necesitada de reconciliación. Pero Dios tiene un proyecto de reconciliación al que no renuncia, a pesar del espesor de la desunión y la discordia. Es preciso que, a lo largo de la segunda parte de esta Carta, penetremos en el interior de este proyecto, que se nos ha revelado e inaugurado definitivamente en Jesucristo.

Dios nos reconcilia en Jesucristo

a) *Iniciativa reconciliadora de Dios*

24. Jesús nos revela, por su palabra y por su vida, un rostro de Dios hasta entonces inédito. No es el Dios justiciero y reivindicativo. No ha querido vivir en conflicto permanente con el hombre ni eliminar el conflicto destruyendo a los que Él ha creado. «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él» (Jn 3,17).

La vida y la muerte de Jesucristo nos revelan que Dios no ha respondido al mal con el mal. Rechazado por los hombres, Él no nos rechaza. Crucificado por los hombres, los perdona (Lc 23,24). En verdad, Dios vence al mal con el bien (Rm 12,21).

La iniciativa de la reconciliación nace de Dios, no del esfuerzo o del arrepentimiento humano. Él no exige previamente una transformación del hombre. Se acerca a éste, cuando por su parte no existe todavía sino enemistad y rechazo. «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10). «Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rm 5,10).

Dios no nos reconcilia «por decreto», ni siquiera por decreto de su amor. No nos impone, sino que nos propone la reconciliación. Él respeta de manera absoluta la libertad del hombre, que puede abrirse a su iniciativa reconciliadora o cerrarse a ella mediante la obstinación. No se enfrenta a la fuerza obstinada del hombre que se le resiste atacándole. Ha respondido mansamente a esta resistencia agresiva de los hombres dejándose matar por ellos en la persona de su Hijo. Nos ha reconciliado con Él derramando su propia sangre, no la nuestra; no matando, sino muriendo. La cruz de Jesús es el signo máximo de la reconciliación ofrecida por Dios (Rm 5,10).

b) *La reconciliación es destrucción de la injusticia y ofrecimiento del perdón*

25. El desvelo de Dios por reconciliar consigo a los pecadores no significa indiferencia ante el pecado, la injusticia y el mal que reinan entre los hombres. Al contrario, esta reconciliación consiste precisamente en destruir la injusticia del hombre. Él ha venido a «quitar el pecado del mundo» (Jn 1,29). La acción re-

conciliadora de Dios no significa, pues, inhibición ante el mal ni pasividad ante la injusticia. Es creadora de una «nueva humanidad» (Rm 5,17; Ef 2,15). No solamente destruye los demonios que pueblan la vida del hombre (Mt 8,16), sino que regenera al hombre por dentro para que sea capaz de una vida nueva (2 Co 5,17).

Pero la acción reconciliadora de Dios se revela en su realidad más profunda como perdón y ofrecimiento generoso de nueva amistad. Dios ha sido el primero en amar a sus enemigos (Lc 6,27-28), en perdonar al hombre «setenta veces siete» (Mt 18,22). Cuando el Hijo de Dios se encarna en Jesús, es calificado como «amigo de pecadores» (Lc 7,34) y lo es en realidad.

Este ofrecimiento del perdón es incansable e inagotable. No termina ni siquiera cuando, una y otra vez, es rechazado por el hombre. En realidad, no deberíamos decir nunca que Dios nos condena y rechaza. Somos nosotros los que nos condenamos a nosotros mismos al rechazar el perdón que incansablemente nos ofrece (Jn 3,18-19).

c) *La acción reconciliadora de Dios hace posible y exige la reconciliación total*

- *Reconciliación consigo mismo*

26. Reconciliado con el Padre, el hombre puede vivir como hijo de Dios, no en una dependencia infantil o alienante, sino como hombre libre que construye su vida en el diálogo filial y la obediencia fiel a Dios. De esta manera, se le ofrece la posibilidad de vivir reconciliado consigo mismo, caminando paso a paso en la verdad de su propio ser de hijo de Dios (Mt 5,48), liberándose progresivamente de aquellas esclavitudes que destruyen su condición filial y venciendo cada vez más plenamente al pecado que desintegra su auténtico ser humano (Jn 8, 34-36).

Dios nos capacita, por su acogida internacional, para reconciliarnos con nosotros mismos y nos exige, al mismo tiempo, que actualicemos esta capacidad. El hombre responde a esta exigencia cuando reconoce y acepta su propia limitación, sin confundirse en un ilusorio sentimiento de plenitud (Mt 18,3) ni rebelarse contra los límites insalvables de su condición de creatura, que se manifiestan en su debilidad moral, en su insatisfacción permanente y en su impotencia ante la muerte.

- *Reconciliación con los demás*

27. Destruída la enemistad con Dios, queda definitivamente tocada en su raíz más profunda la enemistad de los hombres entre sí. Al abrir a todos los humanos el acceso al mismo Padre por la acción del mismo Espíritu, Jesús ha dado muerte a la enemistad y ha hecho posible la reconciliación entre los hombres, que a partir de este momento son ya hermanos (Ef 2,16-18). La fraternidad entre los hombres se despliega en fraternidad entre los pueblos. Cristo, que es nuestra paz, ha unido a los pueblos derribando el muro de enemistad que los separaba (Ef 2,14).

Puesto que la reconciliación con Dios ha hecho posible la reconciliación de los hombres entre sí, ésta se vuelve para nosotros un verdadero imperativo. Ya no somos extraños los unos a los otros, sino hijos del mismo Padre y, en consecuencia, hermanos. «Todo el que ama a Aquél que da el ser, ama también al que ha nacido de Él» (1 Jn 5,1). No es posible, por tanto, vivir como hijos del Padre sin esforzarnos en vivir como hermanos. Entendemos así por qué Jesús nos pide que dejemos la ofrenda en el altar para, antes de presentarla a Dios, buscar la reconciliación con el hermano (Mt 5,23-24). Ésta nos exige luchar por una sociedad más reconciliada donde reinen la verdad, la libertad, la justicia y el amor. Sólo en una sociedad así, los hombres viven en fraternidad reconciliada. Una humanidad deficitaria en estos valores compartidos es todavía una sociedad habitada por un conflicto que es pecado. Los hermanos de Jesús hemos de asumir la tasa de incomodidad e incluso de conflicto para deshacer esta situación de esclavitud, de mentira, de injusticia y de falta de amor, que nos impiden vivir en fraternidad reconciliada (Mt 24,9-13).

- *Reconciliación con la naturaleza*

28. La acción reconciliadora de Dios no sólo crea comunidad humana, sino que establece una verdadera comunión entre el hombre y la naturaleza. El anhelo de la creación frustrada que espera la manifestación gloriosa de los hijos de Dios (Rm 8,20-22), comienza a tener cumplimiento. «Dios tuvo a bien hacer residir en Él (Cristo) toda la plenitud y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando mediante la sangre de su cruz cuanto hay en el cielo y en la tierra» (Col 1,19-20). El mundo entero alcanza su verdadero sentido al quedar al servicio del hombre y de una comunidad cada vez más libre, más fraterna y más feliz. Al hombre se le ofrece la posibilidad de ser señor de un mundo más reconciliado, más compartido y más humano.

La reconciliación con Dios, nos exige, por último, reconciliarnos con la naturaleza. Postula de nosotros un esfuerzo por orientar las fuerzas y el dinamismo del cosmos hacia la salvación del hombre, no hacia su destrucción. Requiere un uso de estas fuerzas que promueva la liberación de los hombres, no su esclavitud. Reclama un reparto equitativo de los bienes de la tierra, que Dios Padre ha puesto para que sirvan a todos los hombres. Nos urge a respetar los bienes y bellezas de la creación como guardianes cuidadosos de la obra de Dios (Rm 8, 19-23).

Actuación reconciliadora de Jesús

a) Jesús anuncia y realiza nuestra reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con toda la creación

29. La conducta de Jesús con los pecadores está inspirada por una intención explícita: reflejar y actualizar el amor reconciliador del Padre. El rostro de Dios que trasparece en Jesús, es un rostro que llama a la reconciliación con Él. Las parábolas de la misericordia pronunciadas por Jesús describen la experiencia inefable del encuentro de Dios con el hombre y del hombre con Dios (Lc 15). Él ha venido a buscar lo que estaba perdido (Lc 19,10), a acercar la misericordia de Dios a los alejados y pecadores (Lc 15,2), a provocar en éstos la vivencia de que

Dios quiere reconciliarse con ellos, a despertar en su corazón el deseo de la vuelta a la casa paterna (Lc 15,18-19), a suscitar en el corazón encogido del hombre la alegría del reencuentro con el Padre (Lc 15,20), a liberar en el seno de su ser energías para una nueva vida reconciliada (Lc 15,24).

Si su vida entera está animada de este propósito, su muerte y resurrección realizan de manera definitiva este acercamiento y reencuentro. Los que estábamos lejos, estamos ahora cerca de Dios (Ef 2,13) por la muerte de su Hijo. Jesús ha venido de verdad a aproximar el mundo de Dios y el mundo del hombre.

Al reconciliarlo con Dios, Jesús reconcilia al hombre consigo mismo. Le ayuda a caminar en la verdad (Lc 6,41-42; Mt 6,22-23). Lo capacita para unificar toda su vida y sus actos por medio del amor (Mt 22,36-40). Lo llama a una libertad creciente por la fuerza de la palabra y la acción del Espíritu (Jn 8,31-32).

Al mismo tiempo, Jesús reconcilia al hombre con la creación entera. Los seguidores de Jesús no se dejan esclavizar por las riquezas ni por la preocupación obsesiva de su subsistencia (Mt 6,25-32), sino que buscan ante todo el Reino de Dios y su justicia (Mt 6,33). No se puede vivir reconciliado con Dios y ser esclavo del dinero (Mt 6,24) ni dejarse acaparar por las cosas, pues donde están las riquezas del hombre allí está su corazón (Mt 6,21).

b) Jesús, creador de una fraternidad reconciliada

30. El Reino que Jesús inaugura es la familia de Dios reconciliada. El objetivo fundamental de Jesús consiste en crear una fraternidad mayor entre unos hombres que se respeten más (Mt 5,21-26), se comprendan mejor (Mt 7,1-5) y se perdonen sin condiciones (Mt 18,21-22). Por ello, se encara con el odio y con todo aquello que separe y enfrente a los hombres impidiéndoles vivir como hermanos (Lc 15,25-32).

En esta búsqueda apasionada de la fraternidad, Jesús dará siempre al amor la última palabra (Jn 13,35; 15,13). El amor ha de ser la norma decisiva de actuación, incluso ante los enemigos (Lc 6,27-29). Jesús, creador incansable de fraternidad, morirá en la cruz solo, aparentemente fracasado, víctima del conflicto y del rechazo de los hombres, pero ofreciendo su perdón en un gesto último y decisivo de reconciliación, de amistad y de fe en el hombre (Lc 23,34-43).

c) Jesús, del lado de los más injustamente tratados en los conflictos

31. Jesús vive en el seno de una sociedad conflictiva, en la que muchos padecen la injusticia de algunos. No se sitúa en una posición neutral y equidistante. Opta por aquellos que más sufren las consecuencias de los conflictos.

Por eso, acoge a los pecadores y los defiende de la dureza condenatoria de los que se creen justos (Lc 15,1-2; Mt 9,10-13) y les ofrece el perdón afrontando el riesgo de no ser bien interpretado (Lc 7,36-50). Igualmente defiende a las gentes sencillas, de aquellos que las maltratan injustamente (Mt 23,4; Lc 11,46). Defiende a los pueblos, de aquellos que los oprimen con su poder (Mt 20,25).

Adopta una postura de respeto y comprensión ante el pueblo samaritano, oponiéndose a su propio pueblo que los rechaza (Lc 9,51-55; Jn 4,5).

d) *Existencia conflictiva de Jesús*

32. Esta opción de Jesús por los maltratados va a hacer que su tarea reconciliadora se inscriba en un marco de conflictividad. Precisamente porque busca una verdadera reconciliación y no una pura paz externa, se enfrenta firmemente a todo aquello que deshumaniza a los hombres.

Pronto habrá de adoptar una actitud firme ante los defensores de la ley judaica en la medida en que, con su rigurosa aplicación, la utilizan no en servicio de los hombres, sino como instrumento de opresión religiosa (Mt 5,21-48; Mc 3,4-6). Igualmente se enfrentará con los defensores de las tradiciones deformadas, que desvirtúan la voluntad del Padre y la atención debida a las necesidades de los hermanos (Mc 7,8-13).

Jesús reacciona vigorosamente ante el abismo que separa los diferentes sectores sociales, amenazando a los ricos y poderosos que comen y ríen en una falsa paz, mientras que junto a ellos siguen existiendo pobres, hambrientos y necesitados (Lc 6,20-26).

Jesús entra también en conflicto con quienes reducen la vida religiosa y moral a normas y prescripciones minuciosas, dejando de lado la justicia y el amor fraterno (Lc 11,40-42; Mt 23,23-24), denuncia los grupos fariseos que viven en una actitud religiosa y fraterna vacía, haciendo de la hipocresía norma de comportamiento religioso y social (Mt 23,27-28) y despreciando a los demás (Lc 18,9-14).

33. De esta manera, Jesús, el auténtico reconciliador, se convierte paradójicamente en fuente de conflicto. No ha venido a traer una falsa paz, sino una verdadera reconciliación. Y sabe que ésta le conduce inevitablemente al enfrentamiento (Mt 10,34-36). Al defender de manera concreta y firme a los sectores afectados por la injusticia, Jesús entra en conflicto con todos aquellos que afirman su poder precisamente a costa de la verdadera reconciliación y justicia entre los hombres. Su búsqueda de una sociedad más reconciliada en la justicia provocará inevitablemente la reacción violenta de aquellos que se sienten más amenazados, quienes eliminarán sin vacilación la actuación y la vida de Jesús que se ha vuelto peligrosa para sus intereses.

Los discípulos deben saber que correrán la misma suerte que el Maestro (Mt 10,24-25). El destino de los que siguen a Jesús en su acción reconciliadora no es una vida pacífica y tranquila, sino una existencia enfrentada, marcada por el signo del conflicto y de la persecución (Mt 10,16-22).

e) *Actitud pacífica ante los adversarios*

34. La reacción personal de Jesús ante la oposición, el rechazo y la agresión de sus adversarios, será siempre de mansedumbre para sus perseguidores. Jesús no retira su amistad, incluso cuando es traicionado (Mt 26,50; Lc 22,61; 23,43). Ofrece su perdón de manera incondicional (Lc 23,34). Y, al mismo tiempo, esta

reacción es modelo de libertad. Jesús no sacrifica la libertad a la mansedumbre, ni la mansedumbre a la libertad (Lc 13,31-33; Jn 7,25). Interpela al adversario y trata de ayudarlo a ser más humano (Jn 18,23). Cuando la persecución, el sufrimiento y la muerte se le hacen inevitables, los acepta por la salvación última del hombre (Mc 14,24).

Verdaderamente, «pasó la vida haciendo el bien» (Hch 10,38) y al verse víctima de la injusticia trató de vencer al mal con el bien (1 Pe 2,23-24), renunciando para siempre al criterio del «ojo por ojo y diente por diente» (Mt 5, 38-42).

La reconciliación en las primeras comunidades cristianas

35. Las primeras comunidades cristianas se han esforzado por acoger la reconciliación realizada en Cristo y por seguir a Jesús en su tarea reconciliadora.

a) Los conflictos en las primeras comunidades

36. Desde sus orígenes, las primeras comunidades cristianas caminan en medio de tensiones y conflictos profundos. No era fácil vivir la nueva fraternidad inaugurada por Jesús desde unas profundas diferencias culturales, sociales y económicas.

Muchas de las primeras comunidades eran mixtas. En ellas convivían cristianos de lengua griega y de habla aramea, creyentes de origen urbano y de procedencia rural, libres y esclavos, hombres de cultura helénica y de cultura hebrea, gentes de condición modesta y personas que gozaban de una elevada posición social.

Pronto surgió un grave problema de inculturación. ¿Debían las nuevas comunidades cristianas quedar vinculadas al judaísmo y su cultura o liberarse de la vieja ley judía? En virtud de una u otra opción, unos pretendían imponer la circuncisión a los paganos. Otros la rechazaban en el nombre de la nueva libertad cristiana (Rm 5,1-6). Unos consideraban como algo lícito comer la carne sacrificada a los ídolos, otros lo condenaban como algo abominable (1 Co 8-10).

Otros conflictos surgían de las diferencias económicas. Las asambleas eucarísticas de Corinto quedan desnaturalizadas porque los ricos traen comida abundante para sí mismos, sin compartirla con otros hermanos que allí mismo pasan hambre (1 Co 11,20-21).

Dentro de la comunidad existen, además, otras tensiones. Los helenistas se quejan contra los hebreos porque sus viudas no son debidamente atendidas (Hch 6,1). Otras veces, se van formando dentro de la comunidad cristiana grupos que crean disensiones. Unos se consideran de Pablo, otros de Cefas, algunos de Apolo (1 Co 1,12).

Muchos de estos conflictos tienen sus raíces en las diferencias, a veces legítimas, de orden cultural, social y político de aquellas comunidades plurales. Pero los conflictos se deshumanizan y degradan y se convierten en pecado cuando

los miembros de estas comunidades caen en posturas de insolidaridad con los débiles, de discriminación injusta, de ruptura con la comunidad creyente.

b) *La búsqueda de reconciliación*

37. Pero estas comunidades han escuchado la Buena Noticia de la acción reconciliadora de Dios. Así lo anuncia Pablo en medio de los conflictos: «Todo proviene de Dios, que nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo» (2 Co 5,18). Y es esta fe en la reconciliación de Dios la que anima e inspira su voluntad de superar y humanizar los diferentes conflictos.

Los apóstoles y evangelizadores son conscientes de que su primer servicio a la comunidad es «el ministerio de la reconciliación» que se les ha confiado. «En nombre de Cristo os suplicamos: ireconciliaos con Dios!» (2 Co 5,20).

Esta reconciliación de los hombres con Dios entraña consecuencias en la vida comunitaria. Las comunidades cristianas tratan de hacer realidad esta reconciliación que anuncian, en el interior mismo de los conflictos culturales y religiosos que las enfrentan. La era de la separación y el odio entre los pueblos ha terminado. Los hombres no forman sino un solo cuerpo en Cristo (Ef 2, 14-18).

Las primeras comunidades cristianas están persuadidas de que es necesario superar los conflictos, aboliendo las separaciones étnicas injustas de judíos y griegos, las barreras sociales de libres y esclavos y las discriminaciones indebidas de sexos: «Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,28; Col 3,10-11).

38. La fe de estas comunidades es firme y clara, pero pasará mucho tiempo hasta que lleguen a extraer todas las consecuencias prácticas de esa reconciliación de la humanidad realizada en Cristo. En todo caso, la experiencia de la fraternidad vivida en el seno de la comunidad será decisiva. Estos creyentes se sienten un solo cuerpo; viven animados por un mismo Espíritu; comparten una misma esperanza; adoran a un único Señor, Jesucristo; se inspiran en una misma fe; han recibido un solo Bautismo; creen en un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos y ama a todos; acuden a una misma enseñanza; participan de una misma Eucaristía y oran en común (Ef 4,4-6; Hch 2,42).

Desde esta experiencia cristiana de la reconciliación, los apóstoles se esfuerzan por «mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,3). Por una parte, Pablo defiende el respeto a cada cultura e impide que la fe cristiana acabe en una secta judía más. «En Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tiene valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad» (Ga 5,6). Pero, por otra parte, y a pesar de todos los riesgos que ello entrañaba para su futuro, decide llevar personalmente a la Iglesia pobre de Jerusalén el fruto de la colecta realizada en sus comunidades, con el objeto de que aparezca clara la unidad de aquella Iglesia constituida por judíos y paganos, a pesar de los profundos conflictos culturales y religiosos que entre ellos existen.

Por esta misma razón, los responsables de las comunidades se empeñan en superar las divisiones nacidas de la adhesión a un apóstol o a otro, conscientes

todos de que sólo en Cristo han sido bautizados y sólo a Él le pertenecen (1 Co 1,12-13). Un criterio práctico debe inspirar las actuaciones de los cristianos en los conflictos y tensiones que van surgiendo en la vida de la comunidad: «Que nadie procure su propio interés, sino el de los demás» (1 Co 10,24).

39. Estos conflictos y enfrentamientos viciados por la injusticia y la insolidaridad, ponen en cuestión la verdad del amor y la comunión de quienes, dentro de estas comunidades cristianas, se dan la paz y participan de una misma Eucaristía. Por eso, condena Pablo la actuación de los corintios y les urge a compartir como hermanos su comida. Sólo entonces la comunión con el cuerpo de Cristo será expresión real de comunión fraterna (1 Co 11,20-34).

La reconciliación y comunión fraterna exige una renovación. Sólo aquellos en cuyos corazones está presente la paz de Cristo (Col 3,15) pueden hacer la paz. La comunidad reconciliada y reconciliadora sólo es posible cuando los creyentes se esfuerzan por vivir una solidaridad de espíritu y amor (Flp 2,2), respetándose mutuamente, perdonándose cuando unos tengan quejas contra otros, como el Señor nos perdonó (Col 3,13) y poniendo por encima de todo conflicto y enfrentamiento el amor mutuo (Col 3,14).

La Iglesia, sacramento de la reconciliación

40. Heredera de las primeras comunidades, la Iglesia ha ido recogiendo a lo largo de los siglos y a lo ancho del mundo, el mensaje y la tarea reconciliadora de su Señor, y los ha ido formulando en su doctrina y encarnando en su comportamiento. El Vaticano II la denomina «sacramento visible de la unidad» (*Lumen gentium*, 9), y «señal e instrumento de la unión íntima de los hombres con Dios y de la amistad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1).

Esta condición sacramental constituye a la Iglesia en signo que anuncia, realiza y celebra la reconciliación.

a) El anuncio de la reconciliación

41. La Iglesia, mientras camina en la conflictividad, debe anunciar su esperanza incommovible en la reconciliación definitiva. Ésta es la Buena Noticia que debe predicar sin desmayo. A pesar de todas las apariencias en contra, la historia de la humanidad no estará condenada a perpetuarse en un conflicto inacabable. Nuestra existencia actual, surcada por tantos conflictos culpables, no terminará en el caos, sino en una reconciliación universal en Dios (Ap 21,3-4). Al final de la historia hay Alguien que ofrecerá a los hombres la armonía y la concordia plena y eterna.

Pero la Iglesia no puede remitirse al anuncio de una reconciliación futura. Frente a tantas voces escépticas que desesperan de las posibilidades del momento presente, y frente a ideologías que sacralizan el conflicto como motor principal del crecimiento humano, se siente urgida por su Redentor a predicar la reconciliación dentro de la historia. Sabe que el conflicto estará siempre presente. Pero confiesa con valor que este conflicto puede y debe ser humanizado progresivamente y que la humanidad actual está llamada a conseguir cotas de reconci-

liación siempre mayores. La aspiración a la concordia que brota del corazón humano no es un deseo estéril destinado a una frustración continua. Ha sido asumida por Dios. En la muerte y resurrección de su Hijo nos ha dado la garantía de que el motor principal de la historia no es el conflicto sino el amor. En las venas de la vida de los hombres está presente la fuerza congregadora y convergente del Resucitado. «Cuando sea exaltado, lo atraeré todo hacia Mí» (Jn 12,32).

b) La conducta reconciliadora

42. El anuncio se verifica en la conducta reconciliadora. La Iglesia está llamada a ser una porción reconciliadora de la humanidad, que muestre significativamente a ésta que la reconciliación es posible hoy y en la práctica. Sólo una Iglesia que, en medio de sus conflictos, busca y obtiene niveles apreciables de reconciliación puede tener autoridad moral para proponerla a las personas, a los grupos y a los pueblos.

Pero no es suficiente ser signo de reconciliación. La vocación de la Iglesia consiste, también, en operar la reconciliación en el seno de la sociedad a la que pertenece y ofrece su servicio. La Iglesia debe introducir en la sociedad la dinámica de la comunión como actitud para abordar los conflictos. Por eso, la presencia de la Iglesia y de los creyentes en los conflictos ha de caracterizarse por un esfuerzo denodado para ir superando todo aquello que dentro de los diversos enfrentamientos no es todavía humano. Desde esta vocación, ha de ser apasionada promotora del diálogo como vía real para atenuar, humanizar y superar los conflictos. La acción mediadora de la Iglesia para temperar y resolver los conflictos, cuando se ejerce respetuosamente y con limpia voluntad de servicio, es una de sus tareas más nobles y más delicadas. De esta manera, la Iglesia se constituye en «señal de fraternidad que posibilita y consolida el diálogo sincero» (*Gaudium et spes*, 92).

c) Celebrar la reconciliación

43. Anuncio y conducta se coronan en la celebración de la reconciliación. En ella, la comunidad cristiana confiere expresión simbólica a la palabra que dice y a las obras que realiza. En ella, el ser de la Iglesia como sacramento de la reconciliación se visibiliza y se condensa.

En la celebración del sacramento de la Penitencia, la Iglesia, necesitada de purificación (*Lumen gentium*, 8), escucha ella misma la llamada a reconciliarse con Dios, consigo mismo y con el mundo. Acoge con alegría y agradecimiento el perdón que Dios le otorga y se robustece para continuar su misión reconciliadora. En ella, la Iglesia se hace no sólo destinataria del perdón de Dios, sino también instrumento sacramental del perdón de Dios para los miembros que participan en la celebración. «Los que se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen el perdón de la ofensa hecha a Dios por la misericordia de éste y, al mismo tiempo, se reconcilian con la Iglesia a la que pecando ofendieron, la cual con caridad, con ejemplos y con oraciones les ayuda en su conversión» (*Lumen gentium*, 11). El carácter personal y comunitario son, pues, inherentes a la naturaleza misma del perdón recibido en la Iglesia y otorgado sacramentalmente por Dios a través de ella.

44. La celebración de la Eucaristía es, a su vez, sacramento de comunión. La Eucaristía no es un sacramento al margen de nuestra historia conflictiva. No pretende cubrir ilusoriamente el duro rostro de nuestros enfrentamientos, ni requiere una comunidad plenamente reconciliada para ser celebrada dignamente, pues sólo el banquete final será el sello definitivo de la reconciliación consumada. Pero tampoco es el espacio para legitimarlos y aceptarlos pasivamente como una herencia fatal. El espíritu de la comunión, que viene de Jesús, se hace presente y operante en la celebración eucarística.

Este espíritu suscita y reclama de los participantes una voluntad eficaz de reconciliación y fraternidad. Sin ella, el gesto de ofrecer y compartir el pan de vida y el cáliz de la salvación se convierte en un simulacro. No podemos comer el cuerpo eucarístico de Cristo, si no estamos decididos a construir su cuerpo místico y una sociedad fraterna. Con esa voluntad, la Eucaristía cobra su condición de viático, de alimento que nutre a quienes, entre tensiones y enfrentamientos, caminamos hacia una reconciliación más auténtica.

III.- ACOGER Y REALIZAR LA RECONCILIACIÓN

45. La mirada a la sociedad, a la Iglesia y a nosotros mismos nos ha descubierto una realidad desgarrada. La contemplación del mensaje cristiano de reconciliación nos ha abierto un horizonte estimulador. Entre el espesor de la realidad y la utopía cristiana queda abierto un espacio, una distancia, casi un abismo. En ese espacio se sitúa la acción de la comunidad cristiana. Su misión consiste en acercar la realidad conflictiva hacia el proyecto reconciliador del Dios de Jesús. ¿Cuáles son las principales tareas concretas requeridas por esta misión? ¿Cómo realizarlas hoy aquí? ¿Cuáles son las actitudes y comportamientos requeridos? ¿Cuáles son los recursos de la Iglesia para promover la reconciliación?

La comunidad cristiana ante el conflicto

a) Reconocer la situación conflictiva

46. Ante todo, es preciso afrontar nuestra situación. La comunidad cristiana ha de tener el valor y la sinceridad suficiente para ver las cosas como son, llamarlas por su nombre y aceptar la tasa de complicidad que le corresponde. Es un ejercicio laborioso. No hay nada tan doloroso para los humanos como reconocer sus propias vergüenzas y quiebras interiores y exteriores. Por eso tendemos a ocultarlas bajo un manto, ante nuestra propia mirada y ante la de los demás.

Pero, este ejercicio doloroso es un ejercicio saludable. Cuando lo eludimos, incurrimos en una hipocresía individual o colectiva que genera en nosotros un desasosiego que, por un mecanismo de proyección, estimula nuestra agresividad y nos conduce a imputar a otros el origen de nuestros enfrentamientos.

El conflicto ignorado es, muchas veces, un pacto implícito con situaciones injustas que, más o menos conscientemente, nos interesa mantener. Es, al menos, el cómodo reflejo defensivo de aquél que no quiere implicarse en desanudar situaciones de discordia.

La toma de conciencia del conflicto es momento necesario para evitar la acumulación de una sorda tensión social que, en determinadas circunstancias, estalla brutalmente y pone en peligro a toda la sociedad. Cuando la verdad es prisionera de la injusticia (Rm 1,18), irrumpe, tarde o temprano, de modo desatemplado y destructor. Muchos conflictos destructores que hoy lamentamos, no existirían o serían notablemente más tenues, si a tiempo hubiésemos sido conscientes de la parte de verdad y de justicia que existía en unas reivindicaciones, que no podían formularse a sí mismas porque no encontraban el eco dialogante que las hubiera humanizado.

47. La tarea de la Iglesia, de cada uno de los creyentes y de los hombres que buscan la pacificación, no consiste en encubrir los conflictos importantes ni en pretender conjurarlos con una aérea llamada a la reconciliación inmediata, sino en señalarlos con el dedo, con mansa firmeza. Esta tarea no será comprendida

por muchos. Acusarán a la comunidad cristiana de atizar los conflictos en vez de apagarlos, de soliviantar en vez de apaciguar.

Quien contribuye a que los conflictos latentes se formulen y se conviertan en conflictos patentes a fin de superarlos, escapa difícilmente a estas acusaciones. De este modo, se repite en la vida de la comunidad cristiana la paradoja de la vida de Jesús: la existencia reconciliadora resulta conflictiva. Es ésta una de las fuentes de sufrimiento para la Iglesia. Ésta ha de asumirla valerosamente como una parte de la cruz del Señor. Lejos de reducirse a sí misma al silencio o a la inacción, para evitar el escándalo de los otros o escapar del sufrimiento propio, ha de mantener, con suavidad y con firmeza, una difícil actitud de libertad profética. Su dolor en el cumplimiento de esta tarea es un precio que ha de pagar como rescate para una efectiva reconciliación.

b) *Discernir los conflictos*

48. Pero el conflicto es una realidad ambivalente que es preciso discernir. Si condenarlo inexorablemente comporta falta de realismo, legitimarlo sistemáticamente es una ingenuidad cargada de complicidad. En muchos conflictos encontramos el sello del pecado. Los hombres que se enfrentan no son ángeles. Nublados por la pasión ciega, estimulados por intereses egoístas, activados por un foco de intransigencia congénito al corazón humano, urgidos por la impaciencia que lo quiere «todo y ahora», introducen en la dinámica del conflicto la fuerza del pecado. La radiografía del conflicto nos conduce a contemplar en él zonas oscuras, habitadas por el pecado.

El pecado, en vez de activar la dinámica superadora de los conflictos, la congela. Son múltiples las formas que reviste el pecado en el seno de nuestros conflictos. Pecamos cuando convertimos nuestros objetivos en absolutos, olvidando que el único Absoluto es el Señor Jesús. Cuando los hombres nos forjamos nuestros absolutos, acabamos crucificando al Absoluto. Pecamos cuando utilizamos la fuerza bruta y destructora, en vez del diálogo paciente y constructor. Pecamos cuando adoptamos actitudes beligerantes que intentan aniquilar al adversario, en vez de convencerlo o, al menos, doblegarlo civilizadamente. Pecamos, asimismo, cuando arrebatados por la furia de la confrontación, dejamos de preguntarnos cuáles son los resultados reales de nuestra lucha y preferimos una sociedad destruida a una sociedad imperfecta e incluso injusta.

La Iglesia y los cristianos hemos de ser vigías despiertos que detectan la presencia del pecado en sus propios conflictos y en los de la sociedad entera. Hemos de confesar los propios con humildad y denunciar los de los demás con claridad. Hemos de vivir en continua purificación y estimular la purificación de la sociedad.

c) *Humanizar los conflictos*

49. Detectar y discernir el conflicto no significa descalificarlo. La necesidad de superar los conflictos no les niega su legitimidad. No todos los conflictos personales, sociales, culturales, económicos, políticos y religiosos están viciados de raíz. Muchos de ellos son imperativo del crecimiento humano.

En su vida individual el hombre se construye a sí mismo distanciándose de estadios de desarrollo que fueron en su día una conquista, pero que resultan, en un momento ulterior, demasiado estrechos para canalizar la vida que asciende. Una tensión dolorosa, entre la fase que debe ser superada y la fase que ha de ser alcanzada, se instaura en el sujeto humano. Crecer es siempre partir, como Abrahán de su tierra de Caldea, hacia una patria todavía desconocida. El deseo de partir y el miedo de partir luchan incesantemente en el interior del hombre.

Esta tensión inherente al individuo es igualmente consustancial en las relaciones sociales. Los criterios, ideales e intereses plurales no se armonizan espontáneamente desde el primer momento. No sería positiva para la humanidad una armonía demasiado fácil. Las posiciones diferentes y los sujetos que las sustentan maduran en la confrontación noble, leal y dialogante, deseosa de concordia. Se van integrando en soluciones de armonía, siempre precarias, pero necesarias para salvar los derechos de todos. Pero, para llegar a ellas hay que pagar el precio de la renuncia parcial a los objetivos deseados por los diferentes grupos sociales.

La tarea de los cristianos y de todos los amantes de la reconciliación consiste en humanizar el conflicto, es decir, trabajar porque los objetivos que pretenden los grupos enfrentados, los medios que utilizan en sus confrontaciones, las actitudes que mueven a los antagonistas y los resultados concretos que se van obteniendo, nos conduzcan a niveles siempre más elevados de reconciliación en la verdad, la justicia y la solidaridad.

d) Predicar y promover el perdón

50. Los conflictos humanos no tienen soluciones humanas, si no se introduce en la densidad de los mismos una nueva clave: el perdón.

El perdón está devaluado en nuestra sociedad, que lo ha sentado en el banquillo de los sospechosos. Es considerado, a menudo, como una aña gaza de los fuertes y opresores para acallar la rebelión de los oprimidos. En otras ocasiones, es conceptualizado como la virtud de los débiles que renuncian a las incomodidades de la lucha: resignarse y perdonar resultaría más cómodo que luchar.

Algo está, sin embargo, cambiando en la sensibilidad de nuestra época. El mundo occidental está presintiendo que la paz mundial está amenazada mientras la salvaguarden exclusivamente las leyes, las armas y los tratados. Está redescubriendo que la paz y el perdón están estrechamente unidos.

Es preciso que alberguemos esta firme persuasión: la violencia puede sojuzgar a la violencia; la justicia puede domesticarla en cierta medida; sólo el perdón puede vencerla, convertirla, liberarla y extraer de ella sus potencialidades positivas. En una palabra: salvarla.

51. La experiencia del perdón ofrecido y recibido es una experiencia humana fundamental. La carencia del perdón constituye una verdadera mutilación de la persona. Nadie sabe perdonar, si no ha sido perdonado muchas veces. Nadie puede experimentar el gozo de ser perdonado, si él no perdona. El mismo senti-

do de justicia privado de sensibilidad para el perdón degenera en espíritu reivindicativo, que endurece al ser humano y amortigua su capacidad de ternura. Aquí reside la más radical insuficiencia de la pura justicia. Juan Pablo II ha sabido detectarla atinadamente en su encíclica *Dives in misericordia*.

La capacidad de perdonar está ligada a la capacidad de comprender al otro. Si conociéramos el fondo de las personas, la génesis profunda de muchas actitudes, seríamos mucho más capaces de perdonar. Dios nos perdona plenamente, porque nos comprende.

El perdón no es sólo liquidación de los contenciosos de un pasado. Despierta energías dormidas en aquél que perdona y en aquél que es perdonado. No sólo destruye, sino que construye. No sólo ennoblece al perdonado, sino también al ofendido. No sólo nos reconcilia con el otro, sino también con nosotros mismos. Por eso produce paz y engendra alegría.

52. El perdón cristiano nace de la experiencia creyente de haber sido perdonados plenamente por Dios en Jesucristo. Por ello, es una verdadera «amnistía» en el sentido etimológico de la expresión: un olvido total y práctico de la ofensa recibida. La capacidad de olvidar es tan necesaria en la vida de las personas y de las comunidades como la capacidad de recordar. La memoria histórica es necesaria y benéfica. Pero puede convertirse en una incapacidad de olvidar que nos encadene obstinadamente a nuestros conflictos. Cuando en una sociedad existe el afán de sacar a relucir todas las vergüenzas de los demás «para que resplandezca la verdad», algo inconfesable se esconde bajo ese aparente celo por la verdad y la justicia. Frases como «el pueblo no perdona» –«herriak ez du barkatuko»– nos parecen pavorosamente inhumanas, porque pretenden eliminar de la sociedad la misma capacidad de perdonar.

La fe en la eficacia de nuestro perdón descansa sobre todo en el perdón con el que el Crucificado venció el odio y la intolerancia que le llevaron a la muerte. Desde entonces el perdón es, en su fragilidad, más vigoroso que toda la violencia del mundo. ¿Creemos de verdad en esta fuerza salvadora del perdón?

La Iglesia tiene que reivindicar en nuestro mundo esta fuerza antropológica, social y política del perdón. Ha de ser ella sacramento del perdón antes todavía que promotora de la justicia. La celebración sacramental de la reconciliación adquiere de este modo un sello de autenticidad y se convierte en signo de reconciliación para nuestra sociedad conflictiva.

e) Orar por la superación de los conflictos

53. El autor principal de la reconciliación no es el hombre con su propio esfuerzo, sino el Dios de Jesucristo. La reconciliación se recibe como don, antes de ser asumida como tarea. Es la acción reconciliadora de Dios la que se encarna en nuestros trabajos por la pacificación y opera a través de ellos. El hombre presta a Dios su voluntad, su corazón y su inteligencia, para que Él reúna lo disperso y restaure lo quebrado.

Orar por la superación de los conflictos es una manera de reconocer, mediante un acto valeroso de fe, que es Dios quien reconcilia al hombre por medio

de su Hijo. Es un modo de confesar, con humildad y realismo, nuestras limitaciones e impotencias para vivir reconciliados. Es abrirse al Dios de la Paz, para que siga haciendo efectiva en el mundo su voluntad reconciliadora.

Orar no es para el creyente una misión subsidiaria. Mucho menos, una cómoda evasión. No oramos para dejar de trabajar, sino para trabajar más y mejor. Al orar, le pedimos que su voluntad inquebrantable de pacificación penetre nuestra frágil voluntad; que su fuerza reconciliadora estimule nuestra debilidad; que su proyecto indestructible de unificar a los hombres robustezca nuestra esperanza, tantas veces probada por la pertinacia de los conflictos.

Quienes trabajamos por la reconciliación, hemos de preguntarnos si nuestros desvelos están suficientemente animados por una oración que acompañe nuestros empeños. No basta pedir a los hombres la reconciliación. Es preciso pedírsela también a Dios.

Reconciliarse hoy y aquí

54. Ha llegado el momento de revivir mentalmente los focos de conflicto descritos en la primera parte de esta Carta para que, iluminados por el mensaje de Jesús leído en la Iglesia, descubramos con realismo cristiano, vías de superación de nuestras divisiones y fracturas.

a) *Reconciliarnos con nosotros mismos*

55. Una reconciliación efectiva ha de comenzar por una pacificación interior de las personas. Quien no está en paz consigo mismo no puede ser pacificador. Muy al contrario, vierte en la vida social la amargura interior que lo consume.

Nadie se reconcilia de verdad consigo mismo sin aceptarse tal cual es, como creatura indigente, con sus carencias y con sus pecados: «La memoria me dice: has obrado mal. El orgullo me dice: no has podido obrar mal. Y el orgullo acalla a la memoria». Debajo de la autosuficiencia orgullosa se esconde, muy frecuentemente, un hombre que no tiene valor para bajar al abismo interior de su propia limitación.

Aceptarnos tal cual somos, es aceptarnos como Dios nos acepta. Si el orgullo nos aleja de la verdadera reconciliación con nosotros mismos, de modo semejante la falta de autoestima suficiente puede hundirnos en la amargura y en la desesperanza con respecto de nuestras propias posibilidades. Subestimarnos a nosotros mismos, equivale a subestimar la obra de Dios que somos. Hay una sana confianza en nosotros mismos, que se alimenta de la persuasión de que somos creaturas e hijos de un Dios que, al mirar al hombre recién salido de sus manos, «ha visto cuanto ha hecho y he aquí que estaba muy bien» (Gn 1,31).

56. Desde esta aceptación realista de nuestras limitaciones y pecados, que es el primer paso de la reconciliación, es posible emprender un paso ulterior que consiste en ir componiendo laboriosamente la unidad interior de la persona, mitigando sus contradicciones interiores y renunciando progresivamente al pecado que desintegra al hombre. Este trabajo es una tarea ética y religiosa del

hombre. Desistir de ella por desidia o por desánimo es contravenir la llamada de Dios a «ser cada vez más en Cristo Jesús». La unidad interior es para el creyente algo más que un problema de salud psíquica: es una vocación.

b) *Reconciliación con la naturaleza*

57. La naturaleza ha sido creada por Dios al servicio del crecimiento del hombre. Cuando el hombre utiliza los bienes naturales para envilecerse a sí mismo, «hace gemir» (Rm 8,22) a la naturaleza, porque la desvía de la finalidad que el Creador le ha asignado. Reconciliarse con la naturaleza significa utilizarla de tal manera que contribuya al verdadero enriquecimiento del hombre.

Dios ha creado los bienes naturales para todos los hombres. Acapararlos para el bienestar de unos pocos, y privar de este modo a otros muchos de su disfrute, es otro modo de esclavizar a la naturaleza. El hombre se reconcilia con la naturaleza y con su Creador cuando se esfuerza por poner las riquezas de aquélla al servicio de todos los hombres de hoy y de mañana.

58. Pero el hombre no ha recibido de Dios un dominio despótico de la naturaleza. Ésta no es un juguete que puede destripar a su antojo. El precepto divino «dominad la naturaleza» no puede desligarse del precepto igualmente divino de respetarla y de cuidarla. Los amantes de la naturaleza y de la ecología nos han ayudado a redescubrir esta misión del hombre de ser guarda cuidadoso del huerto que Dios le ha confiado. Los esfuerzos por conservar la naturaleza, por recuperar los ciclos de su regeneración no son en modo alguno ajenos a la sensibilidad cristiana. El franciscanismo ha sabido sintonizar en este punto con una clave verdaderamente evangélica.

Este respetuoso cuidado de la naturaleza garantiza no sólo su supervivencia, su belleza y esplendor, sino la propia pervivencia y crecimiento del hombre. Cuando se abusa de la naturaleza, el ciclo vital se altera y el bienestar del hombre peligra. Si sabemos respetarla, ella seguirá ofreciéndose a nosotros y a las generaciones venideras, que tienen derecho a esperar de sus mayores la herencia de un mundo habitable.

c) *Reconciliación entre generaciones*

59. De las tres generaciones que conviven en una misma época, la tercera edad es, ante todo, merecedora de agradecimiento de hijos y nietos. La marginación de los mayores no es, precisamente, un signo de humanidad. La grandeza espiritual de una sociedad se mide, entre otros criterios, por la veneración hacia sus mayores. Esta veneración se muestra, ante todo, en la acogida de los ancianos en el seno de la familia. El lugar natural de los ancianos es la familia. La mentalidad utilitaria y productivista que nos impregna, puede conducirnos a desprendernos demasiado fácilmente de ellos. El recurso a residencias de la tercera edad ha de darse como respuesta a necesidades insolubles en las familias, nunca por razones de comodidad o de menosprecio. La sociedad está obligada además a dotarles de pensiones dignas, de atenciones sanitarias adecuadas y de espacios de ocio que los arranquen de su soledad y rieguen sus ganas de vivir.

Pero la acogida material y humana no es suficiente. Es preciso acoger, también, la herencia espiritual de un pasado que vive todavía en nuestros ancianos, cargada de lecciones para el presente y el futuro. Ellos nos enseñan, entre otras cosas, a poner un coeficiente de sana relatividad en nuestros empeños, que tan fácilmente se nos convierten en obsesiones. Nos ayudan a apreciar la salud y el vigor que vemos desfallecer en ellos. Nos acercan al misterio de la muerte, cuya experiencia dignifica al ser humano y le ayuda a «vivir en verdad».

60. La generación intermedia de los adultos, situada en el quicio de las dos generaciones extremas, está llamada a ser factor importante de reconciliación. Tiene derecho a esperar la gratitud y la comprensión de sus hijos. Es ella quien lleva como puede el peso fundamental de una vida difícil para la que no está suficientemente preparada. Los jóvenes no deben olvidar que la misma capacidad de crítica de la generación y del mundo de sus padres es, en buena parte, fruto de la educación que han recibido gracias al desvelo de éstos. Los adultos, por su parte, no deben interpretar toda crítica juvenil como signo de desamor y de arrogancia, sino como resultado de una nueva sensibilidad, como indicador que revela los fallos e inhumanidades de nuestro mundo y como signo de un aliento renovador necesario para alumbrar un mundo futuro, que será especialmente de los jóvenes de hoy.

61. Los jóvenes han de saber que una generación ha de hundir tanto más sus raíces en el suelo nutricional de la tradición viva cuanto más llamada está a renovar la sociedad. La ruptura cultural y espiritual es tan nefasta como la ruptura biológica. Ni en un campo ni en otro la vida comienza hoy sin el ayer. Necesitan aprender de sus mayores la laboriosidad, la tenacidad y la austeridad, sin las cuales los grandes ideales quedan reducidos a ensoñaciones imaginarias e ilusorias. Lejos de instalarse en un «pasar de todo», de automarginarse de un mundo «manchado» o de resignarse a ocupar la estrecha cuadrícula a la que les confina la generación intermedia, deben reivindicar en la vida social un puesto que tiene más contenido que la pura protesta callejera. Esta sociedad debe cuestionar a fondo sus propios objetivos, analizar sus propias contradicciones, buscar un modelo de producción y de distribución más humano, abandonar viejos hábitos consumistas, instaurar una nueva relación con las cosas. Los jóvenes son, en todas estas tareas, una fuerza motriz que no debe ni marginarse ni ser marginada.

d) Reconciliación de las tradiciones culturales

62. También las tradiciones culturales que conviven en Euskalerría están llamadas a la reconciliación. Y, sobre todo, los grupos humanos habitados, en mayor o menor medida, por ambas culturas.

Reconciliarse significa, en primer lugar, reconocerse en su diversidad y respetarse no sólo por medio de formulaciones verbales, muchas veces tan solemnes como vacías, sino mediante una mutua valoración y aprecio. Actitudes despectivas, que magnifican las manifestaciones de la cultura propia como superiores y menosprecian las de la cultura ajena como inferiores, no son compatibles con un talante reconciliador cristiano. Cada uno de los ciudadanos de Euskalerría amamos la tradición cultural en que hemos sido modelados, no porque sea la mejor, sino porque es la nuestra. Y hemos de pensar que la otra es

tan suya para otros ciudadanos como para nosotros la nuestra. El etnocentrismo es una versión ampliada del egocentrismo.

Reconciliarse significa, además, fomentar el cultivo de ambas culturas, de tal manera que se suscite una igualdad de oportunidades y se evite el dominio hegemónico de una sobre la otra. Esta igualdad de oportunidades, para ser real, exige que la tradición cultural más debilitada sea cuidada con mayor esmero.

63. En tales condiciones, ambas culturas no tendrían por qué entrar en competencia, sino enriquecerse e interpenetrarse mutuamente. Cada una de ellas puede asimilar, sin temor razonable a perder su identidad, los valores que la otra le presta. Tiene capacidad para imprimir un sello especial y distintivo a los elementos que ha asimilado de la otra cultura. Una política cultural inteligente y abierta debe favorecer esta mutua fecundación.

Hemos de evitar que las diferentes tradiciones culturales se conviertan en barrera que impida la mutua comunicación entre quienes constituimos una misma comunidad.

e) *Reconciliación socio-económica*

64. El panorama socio-económico, descrito por el Papa en la encíclica *Laborem exercens*, y por nosotros mismos en la Cuaresma de 1982, es una realidad en la que se siente, al mismo tiempo, la densidad del conflicto y la dificultad de la reconciliación. El necesario cambio del modelo económico vigente escapa no sólo de las posibilidades de individuos y grupos, sino incluso de las de pueblos enteros. No podemos salirnos de él, ni siquiera por un acto heroico de voluntad colectiva.

Pero, aunque los cambios estructurales profundos sean ahora imposibles, pueden ser preparados desde hoy por una sensibilización colectiva de las conciencias. Es deber de todos contribuir a promover esta sensibilización. Hemos de desvelar incansablemente el carácter inhumano de la lógica y de la dinámica de un sistema capitalista que descansa sobre la ambición del máximo lucro posible, sobre la promoción del máximo consumo y sobre la explotación de los pueblos menos desarrollados. Debe promoverse un cambio cualitativo en la concepción de los fines de la economía, en favor de la primacía del hombre sobre el fruto de su trabajo, el servicio a todo el hombre y a todos los hombres, el progreso de la humanidad y no su mero desarrollo económico. Al mismo tiempo, renunciando al mito de la calidad de vida sustentada en la abundancia, todos debemos vivir la austeridad exigida hoy por una auténtica solidaridad.

65. Mientras padecemos la injusticia de un modelo económico que nos desborda, y que constituye un foco permanente de conflicto en nuestra sociedad, debe afirmarse, hoy más que nunca, la vigencia de unos valores éticos capaces de humanizar los conflictos existentes en este campo. La invitación al trabajo disciplinado y bien hecho, la moderación de los salarios, la erradicación del pluriempleo, la denuncia de los ingresos abultados de algunas profesiones liberales y de algunos empresarios, funcionarios e intermediarios, la prioridad de las necesidades vitales de los demás sobre los gastos superfluos propios, la obligación privada y pública de invertir para crear puestos de trabajo, el pago leal de los

impuestos, la comunicación de bienes, la solidaridad efectiva con los parados, el esfuerzo por levantar un país empobrecido por las inundaciones, son algunos de los contenidos de la ética económica para nuestro tiempo.

Estos criterios éticos han de inspirar, también, la negociación de los convenios colectivos. Deben, asimismo, hacerse eficazmente presentes en los proyectos de reconversión y de reindustrialización. La revitalización de nuestra economía requiere el pago de un precio caro. Pero es necesario que este precio lo paguemos entre todos y no recaiga desmedidamente sobre los hombros de las capas sociales más modestas.

f) Reconciliación política

66. Es, tal vez, esta área de nuestra convivencia la que más urgentemente reclama la necesidad de una verdadera reconciliación. De ella depende en gran medida la paz de nuestro pueblo y la de toda la sociedad española.

La reconciliación política requiere, por parte de todos, una decidida voluntad de diálogo, animado de un esfuerzo por comprender el punto de vista de las demás partes implicadas. Sin ese talante, el diálogo se convierte en yuxtaposición de monólogos, desalienta a los interlocutores y aviva los enfrentamientos.

El diálogo requiere una actitud realista, exenta de maximalismos. Hemos de ser capaces de renunciar, cuando es necesario, a la pureza de nuestras aspiraciones utópicas o dogmáticas. Cuando los grupos se enquistan en ellas, acaban amando más la imagen de un pueblo soñado que la realidad de un pueblo concreto e histórico.

En dos temas candentes requiere este diálogo una magnanimidad y un tacto exquisitos: el de las relaciones de Navarra con la Comunidad Autónoma Vasca y el de la conciliación entre la identidad específica del pueblo vasco y su solidaridad con el resto de los pueblos del Estado español.

67. Son, ante todo, los gobernantes y las formaciones políticas quienes deben asumir sobre sus hombros esta tarea. Pero sería irreal y cómodo declinarla, únicamente, sobre sus espaldas. Los estados de opinión de la población y, en concreto, los medios de comunicación social que tanto influyen sobre ella, tienen que posicionarse resueltamente en favor del diálogo entre las fuerzas políticas.

Los Pastores de la comunidad cristiana, por nuestra parte, hemos condenado sin paliativos la violencia armada de ETA. Hemos reprobado, asimismo, las reacciones inhumanas y desmedidas ante esta oleada de violencia que aflige a nuestra sociedad. Abogamos, también, por unas fórmulas políticas que vayan a la raíz de los problemas. El diálogo ha de sustituir a la ruda confrontación que nos está costando vidas humanas, deterioro económico, divisiones entre hermanos, desaliento colectivo, temor al futuro.

Cada ciudadano, en el ámbito familiar, amical, profesional e institucional en que se mueve su vida, está llamado a ser creador del diálogo encaminado a la pacificación. Todos tenemos la obligación de ir convirtiendo esta sociedad impositiva e intransigente en una sociedad tolerante y dialogante.

g) Reconciliación religiosa

- *Reconciliación con Dios*

68. Las épocas de crisis religiosa como la presente, constituyen un desafío especial a la fe cristiana. No se trata simplemente de responder a las preguntas religiosas del hombre, sino también de suscitarlas. Una civilización que tiende a asfixiar la interrogación religiosa, postula un recio sentido de Dios y una cuidadosa pedagogía para despertarlo en la comunidad humana. La misma dificultad de la tarea puede inducir a los cristianos, e incluso a sus Pastores, a remitirse a una lectura débilmente creyente y fuertemente ética de los acontecimientos humanos, no suficientemente regada por una cuidadosa atención al acontecimiento central, que consiste en que Dios vive y está presente en la historia humana por su Hijo resucitado y por su Espíritu.

El acento en lo fundamental cristiano se hace imperiosamente urgente. En una sociedad en que los mensajes en boga se reducen a los medios para vivir, la Iglesia debe predicar incansablemente el sentido de la vida humana. El mismo redespertar religioso, que parece estar produciéndose en nuestra sociedad, tiene que interpelarnos: ¿Cómo hablamos de Dios? ¿Cómo testificamos que Él vive? ¿Cómo mostramos su rostro revelado en Jesús? ¿Cómo ayudamos a los seres humanos a descubrir que lo necesitan? ¿Cómo nos hacemos eco de la llamada que Dios dirige a los hombres? ¿Cómo sabemos mostrar al hombre que Dios no es su rival sino su Amigo y su Padre? El hombre se reconcilia consigo mismo, cuando encuentra su verdad más profunda. Y su verdad más profunda es Dios. Al encontrarse y reconciliarse auténticamente con Él, se encuentra y se reconcilia consigo mismo.

69. Reconciliarnos con Dios postula, asimismo, aceptar la verdadera imagen de Dios. Es descubrir al Dios propuesto por Jesús, y no al Dios de la vieja ley judaica. Es encontrarnos con un Dios que es fuente de felicidad, y no con un Dios sombrío que encoge la alegría del hombre. Es aceptar al Dios del perdón, y no al Dios de la deuda. Es decir sí al Dios del amor, y no al Dios del temor servil. Muchos cristianos viven todavía atrapados por una imagen de Dios que no se compagina con el rostro del Padre revelado por Jesucristo.

Dios es la propuesta fundamental para el hombre. Pero la proposición de Dios no puede ser nunca imposición, ni siquiera bajo formas atenuadas. «Respetaréis la libertad de los hombres, porque Dios mismo la respeta» (Juan XXIII). Es justo luchar por unas leyes familiares, educativas y sociales que no se opongan a la emergencia del sentido religioso de la vida humana. Pero, es necesario hacerlo sin que en esta lucha se revelen destellos de viejas épocas de intransigencia religiosa.

70. Hay modos de defender la presencia de Dios en el mundo, que no son propios de Dios. La manera de defender esta presencia es la afirmación neta y desacomplejada, pero humilde e inerte, propia de los hermanos del Crucificado. Deponer toda intransigencia, es revelar en esa misma renuncia el rostro genuino de Dios y colaborar a la pacificación de la sociedad. Las leyes y las costumbres pueden favorecer o dificultar la aceptación del Dios de Jesucristo. Pero Dios no es ni introducido ni desalojado por aquéllas. También la intemperie legal y am-

biental es espacio propicio para presentar al Dios de Jesús. Alarmarse con exceso ante ella revela la debilidad de nuestra fe.

- *Reconciliación en la Iglesia*

71. En el interior de la Iglesia resuenan los conflictos religiosos intraeclesiales y los que nacen de los roces entre la comunidad cívica y la eclesial. Repercuten, también en ella, los conflictos propios de la sociedad. La comunidad cristiana, desde una y otra perspectiva, está necesitada de reconciliación.

En el empeño por discernir, valorar y superar los conflictos eclesiales hemos de ser, ante todo, conscientes de que son la fe en el Señor resucitado y la ley de su amor quienes convocan la comunidad cristiana. Cualquier otra motivación, por legítima que ella sea, ha de ser secundaria. En la común voluntad de ser fieles al Evangelio, se han de suavizar las aristas de las divisiones y de los enfrentamientos.

72. Ni las personas particulares ni los grupos pueden tener la pretensión de ofrecer, por sí solos, la única lectura actualizada y auténtica del Evangelio de Jesús. Los condicionamientos histórico-culturales y los propios intereses impiden la comprensión limpia del mensaje de Jesús. Las ideologías se interponen, seamos o no conscientes de ello, en el momento de elaborar las normas de comportamiento en el ámbito cívico-social. Sólo una humildad fundamental, apoyada en estas constataciones, puede llevar a personas y grupos a vivir en postura de conversión y abiertos a la crítica enriquecedora.

El mismo amor a la verdad del Evangelio ha de conducirnos a vivir en sinceridad las relaciones con los «hermanos». Cualquier desfiguración o caricatura de quienes no comparten la misma línea de espiritualidad, hace más difícil o imposible el entendimiento mutuo y la comunicación dialogal. A las mismas consecuencias puede llevar una precipitada identificación de la propia comprensión de la vida con el ideal del Evangelio. Nadie escapa al amor gratuito de Dios. Las eliminaciones o descalificaciones humanas corren el riesgo de anticipar un juicio que sólo a Dios está reservado. La acogida abierta y generosa al hermano es la base en que debe apoyarse toda palabra que, en el Espíritu, busque su salvación.

La imposibilidad de encerrar toda la riqueza de la vida evangélica en una forma particular de interpretarla, junto con la legítima diversidad de los carismas y de las espiritualidades, es el fundamento en que se ha de apoyar una tolerante pluralidad dentro de la comunidad cristiana. Las diversas sensibilidades espirituales y culturales, pueden dar lugar a insistencias diferentes en la rica complejidad de los rasgos que configuran el ser cristiano. Esta legítima diversidad debe, sin embargo, estar abierta a las aportaciones de otras formas de acercarse a la comprensión del misterio cristiano. Ello se hace más urgente en los casos en que la propia peculiaridad corre el riesgo de mutilar la integridad de la vida cristiana en su doble relación: a Dios y a la comunidad humana. Las posturas «espiritualistas» y «temporalistas» deben corregirse y completarse desde la voluntad obediente a la integridad del ser cristiano.

Hemos de llamar, también, la atención ante el riesgo de una infundada división entre la «Iglesia comunitaria» y la «Iglesia institucional». La comprensión plena de la Iglesia, según el proyecto y la promesa de Jesús, no tolera una escisión de esta naturaleza. La legítima crítica, igualmente válida que para otros aspectos de la comunidad cristiana, no justifica el salto al rechazo teórico o a la ignorancia práctica de la institución eclesial. La única Iglesia de Jesucristo se realiza en plenitud, solamente en la totalidad de un cuerpo que es a la vez espontaneidad y orden, carisma y jerarquía, comunidad e institución.

73. Dentro de la misma Iglesia han de tener cabida generaciones de mentalidad diferente y encontrada, grupos de diferente inspiración espiritual, opciones políticas diversas y aun enfrentadas, hombres y mujeres de culturas y clases sociales diferentes, empresarios y asalariados, trabajadores y parados. A los humanamente marginados, les corresponde en la comunidad cristiana el lugar privilegiado que se apoya en la preferencia que Jesús manifestó hacia ellos. Todos han de escuchar la misma palabra, celebrar la misma Eucaristía, rezar juntos el Padre nuestro.

Ningún grupo humano tiene, en nuestra sociedad, la riqueza de pluralidad que corresponde a la Iglesia de Jesucristo. Ningún mensaje humano tiene mayores motivos para acoger y estimular la pluralidad de quienes lo aceptan. Y, a la vez, ninguno de ellos puede estrechar tanto los vínculos de la unidad que transforme en comunión enriquecedora el pluralismo de la diversidad.

La comunidad eclesial está llamada a ser en Jesucristo y en el ejercicio del ministerio de la unidad actuado en su nombre por los Pastores, un lugar de libre expresión, de diálogo abierto, de mutua interpenetración y acercamiento, de respeto a la pluralidad, de aceptación y amor por encima de las diferencias. En ella ha de tomar carne la sentencia de San Agustín: «En lo necesario, unidad; en lo discutible, libertad; en todo, caridad».

Realizar esta tarea apasionante ha de constituir la ambición de la Iglesia. Estamos persuadidos de que es éste uno de los mayores servicios que tiene que prestar a esta sociedad descoyuntada, a la que quedan ya tan pocos símbolos unificadores comúnmente aceptados.

CONCLUSIÓN

Reconciliación con Dios

74. El Dios de los cristianos no es un Dios perdido en la lejanía ni ajeno al destino de la tierra y de los hombres. Es un Dios que nos ha enviado a su Hijo para hacer de nosotros seres reconciliados con Él, entre nosotros y con el mundo. Por esto el contenido concreto de la reconciliación que Dios nos ofrece consiste en la unidad interior del hombre, en la pacificación de generaciones, de grupos sociales, de culturas, de los pueblos y de la propia comunidad creyente y en la armonía con la naturaleza. Sin este contenido, la reconciliación con Dios es vacía e inauténtica.

Pero, al mismo tiempo, todo este contenido no es completo y pierde su principio inspirador si, a través de todas estas reconciliaciones parciales, no se produce un encuentro real con la Persona de Dios. Ni es cristiano si, a través de todas estas mediaciones, no nos reconciamos con el semblante del Dios vivo, que se nos ha hecho definitivamente presente en Jesucristo. Reconciliarnos con Dios y reconciliarnos en Él, son dos dimensiones inseparablemente unidas en la experiencia creyente.

El sacramento de la reconciliación

75. A la luz de las coordenadas de esta Carta, queremos promover y renovar, desde el arranque mismo de la Cuaresma, una celebración más auténtica del sacramento de la Reconciliación. Recogiendo el eco de la preocupación del Papa y del Sínodo de los Obispos, recientemente celebrado en Roma, deseamos que este sacramento adquiriera un relieve mayor en la vida de nuestras Iglesias particulares. En este espacio celebrativo se han de subrayar con fuerza todos los aspectos fundamentales del sacramento: el reencuentro con Dios, con la Iglesia, con la comunidad humana y con la naturaleza. Os pedimos, sobre todo a los presbíteros, un especial cuidado por mantener, dentro de una leal fidelidad a la normativa de la Iglesia, el carácter individual y comunitario de este sacramento. Su celebración será, así, signo de los esfuerzos reconciliadores cristianos y estímulo vigoroso para potenciarlos.

Hacia la reconciliación en Cristo resucitado

76. La Cuaresma es siempre tiempo propicio para reanimar en la Iglesia este movimiento reconciliador. La escucha más atenta y más intensa de la palabra de Dios, la oración individual y comunitaria más sosegada, y el ejercicio de la sobriedad y austeridad penitencial nos preparan para abordar con espíritu renovado esta inmensa tarea.

Esta Cuaresma de 1984 constituye, para nosotros y vosotros, un reclamo urgente para orientar nuestra conversión por las vías que os hemos señalado.

El mensaje cuaresmal, siempre idéntico a sí mismo, cobra en cada Cuaresma acentos y subrayados diferentes, porque son diferentes nuestra circunstancia individual, el momento cívico y la situación de la comunidad cristiana. Atentos a escuchar la llamada de Dios a la conversión, y a interpretarla y aplicarla a nuestro tiempo, os hemos marcado las líneas mayores en las que hemos querido concretarla.

El caminar cuaresmal hacia la reconciliación está iluminado y alentado por la resurrección de Cristo. Desde el misterio pascual, que es vida y esperanza, alcanza su pleno sentido todo el empeño divino y humano por alcanzar una existencia reconciliada. Cristo resucitado es anuncio y fuerza de la plena reconciliación. Será Él quien «pondrá en paz todas las cosas» (Col 1,20).

77. Que la Virgen Santísima, tan unida a la historia de paz de nuestras gentes, haga fecundos todos los esfuerzos a favor de la progresiva reconciliación en nuestro pueblo y en nuestras Iglesias.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
7 de marzo de 1984
Miércoles de Ceniza

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao